

REVISION DE LIBROS

El eslabón perdido, encontrado

Senderos de la evolución humana

Camilo J. Cela Conde y Francisco J. Ayala

Alianza Editorial, 631 pp., Madrid, 2001

Pocos temas seducen la imaginación humana como el de nuestros orígenes como especie: cuándo apareció el primer humano, cómo fueron los inicios de nuestros antepasados, qué tipo de presiones selectivas favorecieron la estrategia adaptativa de nuestra especie, por qué razón no subsiste ninguna otra especie de la familia homínida, etc. En años recientes, debido a los descubrimientos de Atapuerca, el protagonismo hispano en este ámbito ha alcanzado la primera línea internacional a nivel científico, y ha supuesto un interés público añadido sobre el tema, que ha generado múltiples publicaciones divulgativas. En éstas, sin embargo, han predominado las grandes visiones especulativas y prejuiciadas sobre nuestra naturaleza y orígenes, así como una tendencia a la extrapolación fácil hacia el futuro de la humanidad. Aunque los autores del libro que comentamos no se confrontan explícitamente a esta tendencia dominante, su trabajo constituye un ejemplo cabal de la opción opuesta: una presentación exhaustiva de los datos, una discusión ecuánime de las diversas hipótesis planteadas, la evitación explícita de reconstrucciones especulativas de las formas «primitivas» de vida humana, y una conciencia aguda de la dificultad y la precariedad de las conclusiones alcanzadas.

En efecto, si hay una dificultad característica de la Sistemática Humana, es decir, del esfuerzo por reconstruir el linaje humano y clasificar los fósiles encontrados, es la escasez de datos, de evidencias empíricas de las que partir. Aunque es indudable que los avances metodológicos en este campo son considerables, debe reconocerse que tienen que ver con la mejora de la ubicación espacio-temporal de los restos fósiles –bien sea mediante métodos de datación mediante isótopos, o métodos correlacionales–, pero no afectan la cuestión de fondo: la dificultad intrínseca de establecer las categorías clasificatorias al tiempo que se adscribe a alguna de ellas los especímenes encontrados, cuando el número de tales especímenes es escaso. Esto hace que, en algunos casos, los grupos clasificatorios, denominados taxones, bien sean del nivel de la especie, de la familia o el género, dependan de unos pocos ejemplares, y explica, por tanto, la razón de que un nuevo hallazgo pueda poner en cuestión la clasificación establecida hasta el momento. Como reconocen explícitamente Cela-Conde y Ayala: «se reclaman más fósiles que sirvan para resolver las dudas. Pero los que continúan apareciendo, si es que aclaran algún dilema, lo hacen por lo general al precio de llevarlos hacia varios más.» (p. 284).

En este sentido, este libro se constituye en un tratado, es decir, en un documento exhaustivo del conocimiento disponible, puesto que presenta de manera minuciosa los restos fósiles más significa-

tivos encontrados hasta el momento, describiéndolos con detalle, y ofrece tanto la reconstrucción histórica de las diversas hipótesis clasificatorias referidas a cada espécimen, como la opinión, o con frecuencia opiniones, contemporáneas. Las referencias bibliográficas, más abundantes cuanto más recientes, constituyen un indicador fiable de los progresos experimentados por esta disciplina, como de la actualidad de la información suministrada. Como, por otra parte, cada decisión clasificatoria de un hallazgo no se resuelve independientemente de las demás, sino que cómo se clasifica un resto, o si se distingue un taxón en particular, depende de cómo se clasifiquen muchos otros, el hilo discursivo del libro no puede ser en absoluto lineal, sino que constituye un trenzado de consideraciones interrelacionadas. Esto hace que en ocasiones, tras haber recorrido las múltiples consideraciones relevantes para establecer un taxón o una asignación, y las diversas hipótesis planteadas y abiertas, el lector tenga la sensación de que hay pocas conclusiones firmes en este campo. No obstante, al final de cada capítulo dedicado a la Sistemática, los autores ofrecen la taxonomía más verosímil para cada período. Hay un capítulo referente a los homínidos del mioceno, los primeros homínidos y los homínidos del plioceno; dos capítulos para la aparición del género homo y su radiación en el pleistoceno; y otro para los neandertales y los sapiens modernos.

En un resumen apretado, la secuencia evolutiva propuesta por Cela-Conde y Ayala sería la siguiente. En primer lugar, dentro de la superfamilia hominoidea se habrían generado las familias de los orangutanes, gorilas y chimpancés, así como la de los homínidos, a lo largo del mioceno, hace entre 15 y 6 millones de años, cuando aparecen los ejemplares del primer género, los orrorin. Dentro de la familia homínida se distinguen otros cuatro géneros: Australopithecus, entre hace 4 millones de años y dos y medio, cuya especie más notoria es el Australopithecus afarensis, con una antigüedad de 3,5 millones de años; Paranthropus, en el que se agrupan el Australopithecus africanus junto a las formas robustas (P. robustus, P. boisei), cuya existencia se extiende entre los 3,5 millones de años hasta los 1,7; Kenyanthropus, entre 3,5 y 2,5 millones de años; y el género Homo, que arranca con los Homo habilis, hace 2,5 millones de años, sigue con H. ergaster (1,8 m. a.), Homo erectus (1,5 m.a.), Homo antecessor, referenciado en base al yacimiento de Atapuerca, con 0,8 m.a., Homo neanderthalensis (0,3 m.a.) y finalmente el H. sapiens (0,2 m.a.). Lo que sigue siendo objeto de debate es la determinación de las relaciones filogenéticas, aunque hay mayor consenso respecto a los momentos de especiación clave. Así, el último antepasado común de chimpancés y homínidos habría vivido hace unos 5 m.a.; hace 3,5 m.a. se habría producido la separación entre los linajes grácil y robusto dentro de los homínidos, y hace 2,5 m.a. se habría producido la separación entre unos homínidos gráciles pero de pequeño cerebro y otros, los habilis, con un aumento del cerebro y el comienzo de la fabricación de herramientas de piedra. Otro millón de años después aparece el H. erectus, y finalmente el sapiens.

El libro incluye además dos capítulos introductorios sobre la teoría de la evolución y los mecanismos genéticos que la sostienen, dejando para un apéndice algunos tecnicismos al respecto. Y tres capítulos finales dedicados a los tres aspectos funcionales característicos de los *Homo Sapiens*: la cultura, el lenguaje y la moral. Aunque en principio la audiencia de esta revista puede tener un interés general por la evolución humana en conjunto, son estos tres temas los que tienen una relevancia obvia para la Psicología. Quizá sea oportuno, en este contexto, lamentar que el proceso de renovación de los planes de estudio universitarios condujo a una formación mucho más especializada de nuestros universitarios, una de cuyas víctimas, el ámbito de la Psicología, fue precisamente la Antropología (aunque en algunas Facultades subsista como optativa o al abrigo de la Etología).

La cuestión a este respecto es la siguiente: en base a criterios puramente anatómicos resulta imposible diferenciar al *Homo Sapiens*, el grado humano se caracteriza por las nuevas y más complejas capacidades que muestra, no por una estructura diferencial. Pero estas nuevas capacidades presuponen, no serían posibles sin, ciertas capacidades cognitivas o emotivas. Ello sugiere que la clave del origen humano está en una reorganización funcional. Para dar cuenta, por tanto, de la aparición del ser humano, reconocida en base a la manifestación de simbolismo y arte, a nivel cultural, de lenguaje desarrollado, o de normatividad social, es preciso plantearse por el origen de las capacidades mentales que permiten y sostienen tales tipos de conducta.

La cuestión, obviamente, no es fácil, pero este campo está atrayendo actualmente el interés de múltiples investigadores. En el campo del simbolismo y el arte, la dificultad de partida consiste en poder establecer que nos encontramos ante una conducta simbólica. La cosa está clara desde hace unos 40 mil años, momento en el que aparecen las pinturas rupestres del sur de Francia y norte de España, pero la espectacularidad de tales pinturas ha llevado a pensar en un corte brusco, en un cambio cualitativo. Lo cual genera una especie de misterio: si el hombre moderno, el *sapiens*, aparece al menos hace 150 mil años, y dispone de nuestras mismas capacidades cognitivas en relación a la apreciación estética y al simbolismo, ¿cómo es que no las manifiesta hasta la explosión artística del Paleolítico Superior? La respuesta es que la razón de la explosión se debería a la discontinuidad del registro arqueológico, debido a los rigores de las glaciaciones, y al hecho de focalizar la atención en los restos europeos, precisamente los más sometidos a tales discontinuidades. La consideración del registro arqueológico africano, en cambio, sugeriría una mayor continuidad y un desarrollo progresivo de tales capacidades, a partir de su presencia incipiente en los primeros yacimientos de *H. sapiens* en África.

En cuanto al capítulo sobre el origen del lenguaje, los autores defienden el planteamiento chomskiano que centra su especificidad en el plano sintáctico le atribuye un conocimiento innato de sus propiedades generales. Revisan los estudios sobre lenguajes animales, las evidencias sobre la evolución del tracto vocal supralaríngeo, del que depende la capacidad de articular sonidos, y los estudios sobre los endocráneos –es decir, la parte del cráneo fosilizado que habría estado en contacto con el cerebro–, y presentan someramente algunas de las hipótesis más notables sobre el origen del lenguaje, también polarizadas entre quienes defienden un origen remoto, ya con los *H. habilis*, y quienes defienden un origen tardío, ligado a los *H. sapiens*. El problema es que el lenguaje no fosiliza, ni deja restos arqueológicos (la escritura es un invento de unos diez mil años), y que

las evidencias endocraneales sólo pueden ofrecer evidencia indirecta de la organización neuronal efectiva.

Con respecto al origen de la moral, o más en general, la normatividad social, el capítulo se centra en la cuestión del altruismo. Aunque se distingue correctamente entre la noción genética y la moral del altruismo –mientras que la primera tiene en cuenta los costes y beneficios de la conducta para quien la lleva a efecto, la segunda implica una dimensión motivacional, psicológica–, la discusión se limita al primer concepto, desde el paradigma de teoría de juegos; es decir, en cómo es posible que fueran seleccionadas conductas aparentemente contraproducentes para la aptitud del individuo, y en tal sentido se revisan las teorías del altruismo inclusivo, recíproco y grupal. Sin embargo, al hacerlo así, la discusión se queda a las puertas de lo moral, puesto que es posible la conducta altruista al margen de la dimensión moral, y así se da efectivamente en todas las demás especies sociales: un altruismo en sentido genético sin altruismo moral. La cuestión clave, en el caso humano, es que el cemento de la sociedad no es genético, sino normativo. Se basa en la vigencia de normas que dependen tanto de su interiorización individual como de mecanismos sociales de control, y que impiden que en la práctica no sea posible la opción, siempre contemplada por la teoría de juegos, de salirse de la sociedad, de quedarse al margen. Desde esta otra perspectiva, la de la evolución de la ultrasocialidad humana, se plantean cuestiones diferentes, como la de la conexión entre religión y moral, el origen de la estratificación y las jerarquías sociales, el sentido de las emociones morales (culpa, resentimiento, vergüenza), o los mecanismos de identificación grupal. Y encaja mejor con la hipótesis de la inteligencia maquiavélica, la idea de que la presión selectiva más importante para dar cuenta de la estrategia adaptativa humana es la social, hipótesis que recibe atención al considerarse los factores que pudieron influir en el proceso de especiación.

En cualquier caso, este libro constituye en conjunto una referencia clave para quien quiera orientarse en la jungla de la evolución humana, y un lectura imprescindible para quien desee profundizar en las complejidades de la Paleantropología y la Sistemática humana.

Revisado por:

Antoni Gomila

Universitat Illes Balears

Comentario de «Personalidad, persona, acción», de Alfredo Fierro

A comienzos del siglo XXI ya no quedan psicólogos en el mundo que se atrevan a encarar la antiguamente frecuente tarea de proponer una Psicología completa, una Psicología general que suponga un marco conceptual, teórico y empírico en el que practicar el análisis que le es propio al comportamiento humano en su totalidad, en su género o en su abstracción. En este panorama pocos son los autores españoles que se están atreviendo a distanciarse de lo inmediato y a proponer nuevos intentos de Psicologías a la vieja usanza prepostmoderna. Uno de los más destacados, Alfredo Fierro, acaba de sacar al mercado una de las obras más interesantes

del pensamiento psicológico español de los últimos años, «Personalidad, persona, acción. Un tratado de Psicología», que aquí se comenta.

Repárese en el título del libro. Porque estamos ante un tratado, y no ante una revisión. Como el propio autor destaca, nadie debe esperar encontrar en las casi 400 páginas escritas por Fierro retahílas inacabables de referencias bibliográficas recientísimas de las que tantas veces nos valemos para ocultar mediocridades o para impresionar a la comunidad científica. En su lugar tenemos pocos autores, bien citados, todos ellos resistentes al paso, al menos, de algunos lustros. Nadie debe esperar encontrar en el tratado de Psicología de Fierro un eclecticismo interesado del tipo en-el-fondo-todos-teníamos-razón-y-no-nos-habíamos-dado-cuenta tan habitual hoy en día. En su lugar se presenta una Psicología crítica, es decir, dotada de un criterio que separa, ordena, discrimina y valora diferencialmente los contenidos sobre los que recae. Es «Un tratado de Psicología», y, por tanto, la más que notable variedad de contenidos que se recoge en cien epígrafes no se limita a mostrarlos yuxtapuestos (como con tantísima frecuencia ocurre en los textos y manuales de Psicología, como si el todo fuera, ni siquiera la suma, no más que la yuxtaposición de las partes), sino que se presentan estructurados, unificados por la lógica que les ha convocado justamente a ellos y en ese justo orden y ocasión.

La primera parte de la obra pretende despachar uno de los ámbitos más asentados de desarrollo de la Psicología de la Personalidad en los últimos 40 años. Los aspectos estructurales del psiquismo humano, tal y como han sido entendidos en la tradición rasguista, después factorialista, se van repasando sin que notemos al autor particularmente entusiasmado por este nivel de análisis del psiquismo. Así, en un juego ambivalente, estos contenidos son destacados como importantes, pero justamente su colocación en un momento tan inicial del tratado y la escasa referencia que se hace a ellos en las partes más resolutivas de la obra indica a las claras el carácter decepcionantemente incompleto que tendría cualquier Psicología que pretendiera terminarse ahí. Fierro practica así un curioso reconocimiento de toda una tradición de investigación sobre la Personalidad humana y, al mismo tiempo, una negación de la relevancia que con mucha frecuencia (por ejemplo, Eysenck) la Psicología factorialista se ha querido atribuir como el marco de referencia fundamental para la comprensión del comportamiento humano. La lista de asuntos repasados en este primer momento es escolar y escolástica, y nos suenan más o menos a todos: dimensiones frente a categorías, explicación frente a descripción factorial, el análisis factorial, enfoques monorrasguistas y multirrasguistas, el análisis léxico, los cinco grandes factores de Personalidad, los descriptores de Personalidad como estados pasajeros frente a rasgos permanentes, la estabilidad y consistencia del comportamiento, la plasticidad y resistencia al cambio de la conducta. Hasta los estudios ATI de Cronbach aparecen colocados en el punto justo de este momento del discurso.

Y una vez cumplido el trámite, Fierro comienza a disfrutar del progreso del tratado hacia cuestiones cada vez más relevantes, cabales y genuinas de la Psicología. La segunda y tercera parte de la obra pretende presentar un recorrido por aspectos cada vez más funcionales de la Personalidad, recogiendo los principales temas que se han convertido en clásicos en este ámbito sin necesidad de compartir plenamente los argumentos igualmente clásicos que se han tejido alrededor de tales temas. Asuntos como la motivación y sus complejas relaciones con la estimulación, o todas las teorías sobre la necesidad que los doctores de la Academia han escrito, o

el afrontamiento, el abrasamiento o el desvalimiento (a este respecto, es de agradecer que Fierro escriba «afrontamiento» y no «coping», «abrasamiento» y no «burn-out», y «desvalimiento» como una traducción para ciertas acepciones de «helplessness» más correcta que la habitual «indefensión»), se presentan no sólo por su condición de «contenidos oficiales de la Psicología», sino por ser piezas del razonamiento que esta obra completa pretende desarrollar. Y es en estas páginas cuando la propuesta teórica de Fierro comienza a quedar clara: se trataría de intentar una Psicología centrada en la conducta, principalmente funcional por tanto, pero distinta a todos los conductismos que en el mundo han sido. Fierro no duda de que el objeto de estudio de la Psicología no puede ser otro que la acción, y aunque se matiza y se distingue este concepto de otros como «conducta», «comportamiento» o «actividad», la tesis del autor supone sobre todo una desautorización de la gran mayoría de la Psicología de la Personalidad, de orientación mentalista, y para la cual la conducta ha tenido siempre la consideración secundaria de sombra, más o menos fiel, de una realidad mental protagonista. Así, en «Personalidad, persona, acción» parece notarse una relación de amor y odio con el conductismo tradicional que dota al conjunto de la obra de una interesante tensión. Y, sin embargo, al mismo tiempo, el texto de Fierro practica algunas ideas clásicas en Psicología de la Personalidad, sin que esté claro si estas ideas acercan al autor a los objetivos antes señalados o, por el contrario, dificultan que los pueda alcanzar plenamente; me estoy refiriendo, por ejemplo, a esa siempre problemática distinción «interno/externo» en Psicología que tantas veces se ejercita a lo largo del libro, o esa concepción de la acción humana en términos fisicalistas topográficos, quizá infiel a la propia naturaleza definitoria de la acción humana, y que amenaza con ensombrecer la apoteosis final que el autor había preparado para los capítulos finales de su texto.

Porque la cuarta y última parte, «El curso de la acción», deja cierta sensación agri dulce en el lector. Junto con la continuación de la brillantez argumentativa y expositiva que caracteriza a toda la obra, no deja de sentirse igualmente una leve decepción que probablemente no deba atribuirse al autor, sino a las elevadas expectativas que el público podría haberse hecho ante la resolución de un tratado que se construye sobre premisas prometedoras, arriesgadamente sensatas. Encontramos aquí ya el «en el principio era la acción» de Goethe, que encabeza el capítulo final, así como juicios correctores particularmente lúcidos acerca de las Psicologías mentalistas de la Personalidad al uso. Pero el caso es que el camino que Fierro fue recorriendo a lo largo de la obra parecía conducir (o, mejor dicho, *le parecía conducir* al que escribe estas líneas, que, como no puede ser de otra forma, ha practicado ciertas lógicas de la psique más que otras) hacia una Psicología materialista, de tipo adualista y dialéctica, de forma que resulta una cierta sorpresa encontrarse con el determinismo recíproco de Bandura como propuesta básica de Fierro desde la que construir la Psicología y como meta final a la que se llega tras desarrollar los presupuestos de una Psicología centrada en la acción antes comentados. Y no es que la lógica de Bandura no tenga una valía defendible como marco en el que apresar el estudio del psiquismo humano (en especial en comparación con la tradición mentalista en Psicología de la Personalidad, a la que en cierta medida pretende sustituir a pesar de que en cierta medida se limita a continuar), sino es que quizá algún lector se quede con la sensación de que desarrollando al límite las propias posiciones de partida de Fierro se podría haber llegado aun más lejos.

Y, así, por ejemplo, llama la atención la forma en como el autor descarta una serie de modelos, que en esta obra se denominan «transaccionales», y en donde el psiquismo y la situación no son vistos como entidades sustantivas previas a su relación interactiva sino como realidades psicológicas que justamente se constituyen como tales con motivo de su relación, esto es, algo por otro lado tan sencillo o tan complicado como considerar al psiquismo y al contexto como conceptos radicalmente relativos o relacionales (¿no habíamos quedado en que en el principio era la acción?). Quizá, y en relación al juicio que Fierro realiza de estas teorías, cabría preguntarse si no es en ellas en donde se ejecuta una Psicología verdaderamente adualista, y particularmente potente al estar libre de las habituales ataduras que una visión dualista y trascendente del psiquismo y su contexto conlleva (por otro lado, la referencia a Pervin y Lewis, 1978, quizá no sea la más adecuada para referirse a estas Psicologías; en Pérez Álvarez, 1996, por ejemplo y sin ir más lejos, se puede encontrar un ejercicio más conveniente de este tipo, y un reconocimiento de las virtudes y los problemas del determinismo recíproco banduriano como marco para una Psicología interaccionista). Y cabría preguntarse también si no es en estos modelos en donde se estudia de una forma auténticamente radical y exclusiva la tan alabada interacción tras la que Fierro (¿y quién no en la Psicología de la Personalidad de los últimos 25 años?) dice hallarse en busca. Planteo así un par de cuestiones particularmente complejas y personalmente irresueltas, a sabiendas de que la valía académica e intelectual del autor podría ser de ayuda para su resolución.

Tan sólo quisiera plantear un asunto más antes de terminar. Como ha sido comentado, Fierro termina viendo en Bandura la principal de las propuestas de referencia en las que enmarcar su Psicología de la acción. Y cabría proponer a la consideración del autor la idea de que quizá los planteamientos teóricos de «Personalidad, persona, acción» estarían más cercanos a la obra de Staats que a la del propio Bandura, tal y como, por ejemplo, Staats los ha presentado en sus obras programáticas más recientes (Staats, 1975/1975, o muy especialmente 1996/1997). Sin embargo, en el texto Fierro se limita a dedicar al autor de «Personalidad y conducta» una referencia menor (por otro lado, tampoco extraña la poca atención que Fierro presta a Staats si tenemos en cuenta la inexplicablemente escasa presencia de Staats en los manuales o en los programas de Psicología de la Personalidad, a pesar de las importantes aportaciones que ha hecho en este ámbito).

Poco más queda por añadir. Por más que cada revisor no pueda evitar dejar una pequeña marca de la casa a la que pertenece (y así debe interpretarse el lamento que aquí se ha hecho de que en la obra de Fierro no se defendiera una consideración conceptual estrictamente funcional de la conducta, definida por su finalidad, por su logro, por su intención), es de justicia terminar destacando el agradecimiento debido al autor por el disfrute obtenido de una lectura brillante (por cierto, qué bien escribe Fierro, al menos en relación con los textos de Psicología al uso) que pone a cualquier lector razonablemente a tono con el estado global de la Psicología de la Personalidad. No abundan las ocasiones de conocer reflexiones bien fundadas acerca de estas materias, y es una ocasión que no hay que dejar escapar obtenerlas directamente de la pluma de uno de los pocos sabios que en la Psicología están siendo.

Referencias

- Fierro Bardají, A. (1993). *Para una ciencia del sujeto. Investigación de la persona(lidad)*. Barcelona: Anthropos.
- Pérez Álvarez, M. (1996). *Tratamientos psicológicos*. Madrid: Universitas.
- Pervin, L.A. y Lewis, M. (Eds.) (1978). *Perspectives in interactional Psychology*. Nueva York: Plenum Press.
- Staats, A.W. (1975/1975). *Conductismo social*. Méjico: El Manual Moderno.
- Staats, A.W. (1996/1997). *Conducta y personalidad. Conductismo psicológico*. Bilbao: Descleé de Brouwer.

Revisado por:

José M. Errasti

Universidad de Oviedo

Terapia cognitivo-conductual de la esquizofrenia. Guía clínica

S. Perona, C. Cuevas, O. Vallina y S. Lemos

Minerva Ediciones, Madrid, 2003

Al fin disponemos en nuestras librerías de un texto largamente añorado por aquellos que sufrimos y disfrutamos ejerciendo el papel de terapeutas desde la orientación cognitivo-conductual. La esquizofrenia, la psicosis en general, y muy especialmente los síntomas positivos de los pacientes, constituían una asignatura pendiente. Tenemos ahora un texto escrito por cuatro autores, con una dilatada trayectoria profesional y académica, que presentan respuestas con parsimonia, precisión y minucioso rigor clínico y metodológico a muchas preguntas que se mantenían abiertas. Algo que nos ha satisfecho de modo singular es el permanente respeto por el análisis funcional de los episodios problemáticos. El análisis funcional constituye la herramienta básica, el ladrillo con el que construimos todo el edificio del proceso terapéutico.

Los autores, tras presentar el modelo de vulnerabilidad-estrés como marco de referencia para su trabajo, abordan la fenomenología del trastorno psicótico, así como las distintas explicaciones teóricas de los síntomas positivos desde la perspectiva psicofisiológica. El modelo cognitivo de la psicosis, especialmente desde la formulación de Garety (2001), esmeradamente resumido, cierra la parte del texto previa a la presentación de la evaluación de los síntomas psicóticos positivos. La sensibilidad terapéutica se expresa con especial cuidado en esta parte del texto.

Una perspectiva amplia de la *evaluación* (los componentes biológicos o mentales son inseparables de la interacción permanente con el ambiente físico, social y cultural donde vive el sujeto) permite desarrollar una agenda de subobjetivos rigurosa a la vez que práctica: 1) establecimiento de la relación terapéutica (con ejemplos de casos en donde se proyecta con nitidez la experiencia clínica de los autores); 2) detección de los síntomas positivos; 3) valoración de la interferencia de los síntomas en el funcionamiento social y sus consecuencias emocionales; 4) análisis funcional de

los síntomas psicóticos positivos (descripción operativa, incluyendo los cuatro tipos de creencias delirantes propuestas por Chadwick y Birchwood, 1995), con identificación de las dimensiones de las ideas delirantes y las creencias sobre las voces, la presentación de los instrumentos estandarizados para la evaluación, antecedentes y consecuentes de los síntomas psicóticos positivos, identificación de las creencias evaluativas (uno de los núcleos centrales para la intervención), etc.; 4) formulación del caso; y 5) valoración de los resultados de la intervención y del seguimiento. Se añade la presentación extensa de dos casos clínicos con diagnósticos en ambos de esquizofrenia tipo paranoide.

El *tratamiento* se centra en el análisis de la estructuración de la terapia (que sigue un corte congruente con las formulaciones clásicas de tipo cognitivo-conductual pero con las particularidades de estas poblaciones de pacientes –duración menor de las sesiones, resúmenes frecuentes, menor espaciado inicial de las sesiones, etc.–); el entrenamiento en «estrategias de afrontamiento» (siguiendo las líneas de desarrollo iniciadas por Meichenbaum en la década de los setenta –ver Bas Ramallo, 1981–) y su potenciación de cara a manejar los síntomas positivos; la descripción pormenorizada de las técnicas de focalización para el tratamiento de las alucinaciones auditivas con ilustración de casos prácticos, constituye un trabajo esencial en este libro; continúan con las intervenciones cognitivas para la modificación de los delirios y las creencias asociadas a las voces, apartado que, junto con el siguiente, dirigido a la intervención sobre las voces mismas, constituyen todo un reflejo del buen hacer en la práctica clínica. Las técnicas de contraestimulación, que dos de los autores del texto establecen como más eficaces en otro trabajo (Perona Garcelán y Cuevas Yúst, 1996), constituyen un ingrediente básico en el diseño de pruebas de realidad para trabajar las creencias sobre las voces y mejorar la idea de control sobre ellas por parte del paciente. De nuevo, un extenso caso práctico ilustra todo lo anterior. Especialmente grato nos ha resultado la parte final de este capítulo sobre intervención dedicado a la prevención de recaídas. La distinción entre estrategias específicas y globales resulta muy útil de cara al diseño. Los capítulos 5º y 6º del texto hacen referencia a dos temas esenciales: el estudio de la efectividad de la terapia cognitivo-conductual sobre los síntomas psicóticos positivos y la exposición de nuevos desarrollos desde esta orientación terapéutica en el ámbito de la esquizofrenia. El principio de autoridad ya no es aceptable en el ámbito del desarrollo de una ciencia. Probar la eficiencia de un procedimiento de intervención en seres humanos es una obligación, no sólo de cara a su estatus científico, sino muy especialmente por razones estrictamente éticas. La tradición conductual, cognitiva y cognitivo-conductual han mantenido desde sus inicios un compromiso permanente con estas dimensiones. Los autores, congruentes con ese objetivo, hacen un repaso exhaustivo del estado de la cuestión. Las conclusiones son ricas y naturalmente no lineales. Una de ellas, de singular importancia, es la de que tanto desde los diseños de replicación intrasujeto como en los de ensayos controlados alrededor de un 50% de los sujetos se benefician significativamente del aprendizaje de estas estrategias. Se termina el capítulo señalando los límites de validez de las conclusiones sobre efectividad de las TCC en los síntomas psicóticos.

El último capítulo se centra sobre dos tópicos de especial relieve. Uno de ellos lo constituye el tratamiento en grupos, con análisis paso a paso de los distintos procedimientos para el abordaje de los delirios y las alucinaciones. Un aspecto muy novedoso de este capítulo lo constituye la presentación de la Terapia Cognitiva para la Psicosis Temprana (COPE), que tiene como objetivo principal ayu-

dar al paciente a recuperarse de su primer episodio psicótico. Cinco Anexos con cuestionarios y escalas de evaluación cierran el texto.

Desde el trabajo pionero de Beck (1952) y las posteriores sistematizaciones de Perris (1989) y de la escuela inglesa (Birchwood, Kingdon, Tarrier, Chadwick, etc.), hasta las perspectivas más actuales han sido expuestas con claridad, precisión y rigor. La vinculación a la práctica es constante a lo largo de todo el texto, lo que le convierte en un instrumento imprescindible en la biblioteca tanto de un clínico como de un académico. Nuestra más sincera felicitación por esta valiosa aportación a la literatura castellana.

Referencias

- Bas Ramallo, F. (1981). Las terapias cognitivo-conductuales: una revisión. *Estudios de Psicología*, 7, 92-114.
- Beck, A.T. (1952). Successful outpatient psychotherapy of a chronic schizophrenic with a delusion based on borrowed guilt. *Psychiatry*, 15, 305-312.
- Chadwick, P. y Birchwood, M. (1995). The omnipotence of voices II: The beliefs about voices questionnaire (BAVQ). *British Journal of Psychiatry*, 166, 773-776.
- Garety, P. (2001). Modelos cognitivos de los delirios. En J. Vallejo y L. Sánchez (Eds.), *Actualizaciones en delirios* (pp. 93-106). Madrid: Aula Médica Ediciones.
- Perona Garcelán, S. y Cuevas Yúst, C. (1996). Intervenciones cognitivo-conductuales sobre las alucinaciones auditivas en sujetos psicóticos: Una revisión. *Psicologemas*, 10, 225-256.
- Perris, C. (1989). *Cognitive therapy with schizophrenic patients*. New York: Cassell.

Revisado por:

Francisco Bas Ramallo

Centro de Psicología Bertrand Russell

Intervención emocional en cuidados paliativos. Modelo y protocolos

P. Arranz, J. J. Barbero, P. Barreto y R. Bayés

Ariel, Barcelona, 2003

Desde el inicio de los cuidados paliativos en España en la década de los años ochenta, y su posterior expansión hasta nuestros días, se han publicado algunos manuales¹⁻⁴ de gran valía realizados por profesionales españoles que han analizado, en menor o mayor medida, uno de los aspectos más importantes en la atención de los enfermos en situación de fin de vida, como es el de la influencia de los factores emocionales⁵.

El abordaje de pacientes que se acercan al final de su existencia con el objetivo de proporcionarles el mayor bienestar posible en esta difícil etapa de su existencia, no es una tarea fácil y requiere de un planteamiento multidisciplinario que abarque la totalidad de las dimensiones de la persona: aspectos biomédicos, psicológico-emocionales, sociales y espirituales.

La obra que comentamos no sólo complementa a las ya existentes, sino que aporta un elemento nuevo e indispensable en la atención integral del paciente, como son los protocolos de intervención psicosocial dirigidos a todos los miembros integrantes del equipo asistencial multidisciplinario.

Esta obra colectiva de cuatro de los psicólogos con mayor experiencia en el ámbito de los cuidados paliativos en nuestro país, tanto en el trato directo con los enfermos y sus familiares, como en el diseño e implementación de investigaciones empíricas sobre aspectos psicosociales, es fruto de la reflexión y del deseo de ayudar, en la medida de lo posible, al clínico en el difícil desarrollo de su cometido.

Este sintético texto, de menos de 200 páginas, se desarrolla a lo largo de cinco capítulos. El primero de ellos, de carácter introductorio, explica el por qué del libro, dejando muy claro los autores el objetivo del mismo desde la primera línea de este capítulo: «Este libro trata del apoyo a las personas en la fase final de la vida, (p. 11)». En el segundo capítulo se describe el modelo de intervención global propuesto por los autores, modelo en el cual se basarán los diferentes protocolos de intervención descritos en el cuarto capítulo. El tercer capítulo se dedica al *counselling* como instrumento de aplicación clínica del modelo de intervención integral propuesto. Se da énfasis a la importancia de dominar esta técnica de comunicación terapéutica sin la cual los protocolos de intervención que se describen, no tendrían la eficacia que con ellos se pretende conseguir. En el cuarto capítulo, que es el de mayor envergadura de todos, se describen los diferentes protocolos de actuación específica (siete centrados en el enfermo, cuatro en la familia y tres en el equipo asistencial) que pueden servir de guía para ayudar a la consecución del objetivo final perseguido: el bienestar de todos los protagonistas implicados: enfermo al final de la vida, su familia o allegados y el equipo asistencial que los atiende. Estos protocolos proporcionan pautas de actuación sistemática que pueden ser de gran utilidad a los profesionales para afrontar situaciones difíciles relacionadas con la amenaza, la falta de recursos, o con estados de ánimo inadecuados como, por ejemplo, la tristeza o la ansiedad, que se presentan con gran frecuencia en la etapa final de la existencia.

Una obra de estas características no podía dejar de lado un aspecto crucial en la atención a la persona enferma en general, y a los enfermos en el final de sus vidas en particular, como

son los aspectos bioéticos, que se tratan en profundidad en el último capítulo, poniendo nuevamente de manifiesto la sensibilidad de los autores por el aspecto más humano de la práctica clínica.

El libro, que está escrito en un lenguaje claro y ameno, pero profundo, y que trata con rigor científico la intervención psicosocial en el ámbito de los cuidados paliativos, está bien estructurada, hecho que facilita al lector la lectura y seguimiento de la misma.

Estamos plenamente convencidos de que la obra que comentamos constituirá un instrumento valioso y bien aceptado por los profesionales sanitarios implicados en la atención integral de los enfermos en la fase final de la vida. Asimismo, a nuestro entender, la misma va a sentar un precedente a partir del cual se irán elaborando, mejorando o aportando nuevas propuestas de intervención psicosocial, que esperamos contribuyan, cada día con mayor vigor, a la consecución de una buena práctica clínica multidisciplinaria que redunde en el logro de una buena muerte o una muerte digna. El camino está ya marcado; seguirlo, depende de nosotros.

Referencias

1. Bayés, R. (2001). *Psicología del sufrimiento y de la muerte*. Barcelona: Martínez Roca.
2. Die-Trill, M. y López-Imedio, E. (2000). *Aspectos psicológicos en cuidados paliativos. La comunicación con el enfermo y la familia*. Madrid: Aula de Estudios Sanitarios.
3. Gómez-Sancho, M. (Ed.) (1994). *Cuidados paliativos e intervención psicosocial en enfermos terminales*. Las Palmas de Gran Canaria: Instituto Canario de Estudios y Promoción Social y Sanitaria.
4. Gómez-Sancho, M. (1996). *Cómo dar las malas noticias en medicina*. Madrid: Grupo Aula Médica.
5. Limonero, J.T. (en prensa). Evaluación de necesidades y preocupaciones en enfermos en situación terminal. *Revista de Psicología de la Salud*.

Revisado por:

J. T. Limonero
Universidad Autónoma de Barcelona